

El Tarot de la Carretera

Por MANUEL ILLANES

LA POESIA COMO ESTÉTICA

El retumbar de una guitarra, mantenido en el tiempo, flotando en el aire como una gaviota urbana que planea a la busca de su alimento en las aguas contaminadas, cielo turbio, sonido decreciente y a punto de fracturarse en su consistencia de elemento Ánico, distinto del Áter que nos rodea, similar al ruido en sordina de los vehÁculos que comienzan a circular por las venas de la ciudad en la madrugada, una catarata lejana y nÁmada que parece agrandar la distancia que la separa de nosotros, la poesÁa es una estÁtica, esa interferencia que surge al momento de cambiar el transistor de un punto del dial al otro, desde el punto âœUTEROâ€ hacia el punto âœCAOSâ€, un infra-ruido, la rÁplica sÁnica perfecta obtendrÁmos si se pudiera amplificar el trabajo de perforaciÁn que realizan las termitas dentro de la madera putrefacta de un Árbol caÁdo en la mitad de bosques vivos, labor de zapa a nivel microscÁpico, velocidad de las cosas en el mundo de la apariencia y la dislocaciÁn, de los objetos que se alejan permanentemente de su origen en bÁsqueda de un grado 0, punto de perspectiva que permita entender la construcciÁn de los cuadros cinÁticos, porque esos cuadros arden en llamas, su crepitar transcribe versos de larga respiraciÁn sobre una hoja en blanco, modifica la pelÁcula transparente de la realidad, instalando nuevos rostros en lugar de los viejos, situaciones inesperadas, una permanencia que respira por algunos segundos antes de verse acuchillada, maniquÁes descuartizados. La guitarra es el centro, la dÁnamo que produce el movimiento de las contrarias energÁas, la descarga, el choque de las sÁncopas alternativamente frenÁticas o contenidas, abalanzadas unas sobre otras con la espada desnuda, corazÁn de planos que se entrecruzan a un ritmo esperpÁntico, viscoso. La guitarra es el estallido gratuito, el fin de un astro moribundo que muy pronto comienza a atraer la luz de las constelaciones vecinas, hoyo negro que llamaremos inercia, ley de gravedad de los hechos, caÁda. La poesÁa es la interzona de las reverberaciones, el campo elÁctrico donde los poderes invisibles adquieren una materialidad circunstancial, salina, un rÁo de magma expandiÁndose en la oquedad de las siluetas, clonando sus formas para despuÁs entregarlas al vacÁo de las estatuas acezantes. El aliento de las estatuas, acelerado, como el de un coito siempre interrumpido con la eternidad, el aliento, un chirrido metÁlico y denso, un eco sÁnico que choca contra las paredes y se devuelve, permanece en el fondo de los oÁdos a la manera de una emulsiÁn que recubre los muebles de una habitaciÁn abandonada, el crac de un espasmo que parece provenir de nuestra imaginaciÁn y que, sin embargo, estÁ ahÁ-, en el IÁmite de la experiencia, a punto de fracturarse en su consistencia de puÁetazo a la mandÁbula. Una rotura en el orden de los elementos que provoca disonancia, movimiento de Átomos, revoluciÁn en la ortodoxia del fuego, el agua, la tierra y el aire, principios que se enfrentan con la espada alzada en una batalla de escudos y lanzas astilladas, de sangre corriendo hasta el codo como en las antiguas batallas, sangre que asquea los rostros y luego es limpiada con facilidad por el agua de Saturno, el abalanzarse de la noche sobre el cuello del dÁa, un instante de luz seguido por el aletear que todo lo cubre de los mirlos. La guitarra mantiene el sonido a pesar de que la mano ya no aplica energÁa a las cuerdas, impregna el aire con el poder de un imÁn transparente, precipita vectores de aluminio en direcciones opuestas, seÁala la nervadura de las catÁstrofes, enquistada profundamente en los cuerpos que compartimos. RadiaciÁn post-desastre, neutrones impelidos a travÁs de un circuito de velocidades, partÁculas alfa que se descargan en tierra como espermios en el IÁtex, fuerzas desgarradas y evanecidas en el Áter sin IÁmites, en el salitre espeso del universo.

Á

LA SED

Aquella que nos reduce a estatuas de sal en el umbral de las tierras de Gomorra.

Aquella que abandona los manuscritos del dolor sobre nuestras pringadas mesas.

Aquella que ordena a sus siervos: âœbuscarâ€, âœextraviarseâ€, Ánicos mandamientos grabados sobre las losas de su S

Aquella que defecarÁ sobre nuestra tumba abierta.

Aquella que diserta sobre dios y su innominada vulva, parada en el pÁlpito de la locura.

Aquella que interpreta los hexagramas y vaticina: âœKuâ€-destrucciÁn, como si ya no hubiera bastante caos en nuestras vidas.

Aquella que se jacta de ser soberana en la Babilonia de los dÁas-nadir.

Aquella que nos niega el pan y el agua para que asÁ- tengamos que vagar famÁlicos por los eriazos, las carreteras de su reino.

Aquella que enterrÁ el cÁliz de Cristo en la arena de la mÁis infecta codicia.

Aquella que satura las pantallas del mundo con una imagen, un zoom del gran falo erecto de los Capitanes de la guerra.

Aquella que no tiene vÁstago alguno y aplasta la cabeza de nuestros niÁos como siÁ Fueran cucarachas en su camino.

Aquella que recibe la loa y las ofrendas de los jefes de las tribus âœel oro y las vanas palabras de los mandriles.

Aquella que no tiene ojos, pero sÁ- una boca afilada con la que devora toda existencia a su alrededor.

Aquella que milita en las legiones de Capital.

Aquella que vino a la vida el dÁa de la muerte del EspÁritu Santo.

Aquella que lame su propia sombra hasta emponzoÁarla âœes un alacrÁn en la perfidia de los opios.

Aquella que dirige la cuenta regresiva para el Apocalipsis / pero todos los días morimos, todos.

Aquella que inyecta la morfina del aburrimiento en las cansadas arterias.

Aquella que vive en permanente vaivén & negación.

Aquella que nos sodomiza, pero que nunca será sodomizada por nosotros.

Aquella que llamo Cuchillo de lepra.

Aquella que estrangula a Rimbaud hasta doblarlo y los médicos firmaron: "tumor en la rodilla derecha, sífilis", o sarta de estupideces.

Aquella que malparió a Adán y toda su descendencia.

Aquella que agita las estrellas y las eclipsa en el estanque del cielo.

Aquella que anuncia los sismos, los hundimientos del espíritu, como un cometa en los Tapices normandos.

Aquella que es Tarántula.

Aquella que tiene la prestancia de las putas.

Aquella que conjuga el verbo matar en todas sus formas.

Aquella que no responde a identidad alguna.

Aquella que en la ventolera de los días & en el cristal de las noches & en las dolorosas primaveras nos enseñó el silabario de la muerte para hacernos vivir, nuestra madre, nuestra sangre.

Á

NOTAS DEL PARIÁ

Canto es la penumbra del que tiene ojos sólo para aullar,

no saciedad en la fe de los manes, no

lechuza de la verdad y la noche constelada,

canto es glosolalia de los apóstatas, carretera

transitada en las primeras horas de la madrugada

por ebrios s/ ley, s/ padre o verga sacramentada,

vocabulario de la ansiedad, metálica como la sonrisa de un pederasta,

canto es el sombrero transitar de los cardómenes

en el pozo de lo que llamamos corazón,

de lo que fue palacio y hoy luce descampado,

snuff movie filmada en los bordes del desierto.

Exilio es canto, reconstitución de escena

tras la vulgaridad de un crimen, notas tomadas al azar.

A 100 km. p/ hora se ve alejarse a los kamikazes

del canto, abandonar este poema y adentrarse

en la espesura de los bambos

tarareando un mantra camino hacia el tintero,

las bragas fuera, los gestos s/ futuro

de aquellos que se acoplan para después separarse,

el choque, los cuerpos agonizantes, algo

parecido a una muerte siendo sólo pared de la hoja en blanco.

Aliento entrecortado que apenas rasguña palabras,

sólo la visión de unas costas luminosas

disolviéndose en la oscuridad del tedio,

la mancha seminal que deja el deseo en el papel.

Canto es el desgarramiento de la palabra

hasta palpar la ausencia que hay en ella,

el búbulo que señala el avance de la enfermedad.

El hacha de los exploradores que se abren senda

entre los manglares, los mosquitos y la fiebre amarilla

podrá ser también canto, ya que es representación

de una inútil valentía.

Canto es sobrevivir como animales, como bestias

s/ el soplo de lo bello o lo sublime, sobrevivir

al colapso de los reinos y las antiguas

monarquías, las rotas alianzas matrimoniales.

Canto alimenta a los nuevos mutantes que somos,

es Dante descendiendo de círculo en círculo

porque en la mitad del camino de nuestra vida

nos hemos encontrado en un infierno gris extraviados.

Canto:

-semilla que manos esforzadas hunden en el abismo del tiempo.

Canto:

-espermio intentando fertilizar el vacío con forma de vulo,

derrotero perdido en el espacio de los coitos.

Canto:

C aricia, confusi3n, cuestionamiento.

A lfa, absurdo, azar.

N egaci3n, neblina, noche.

T ormenta, torrente, tedio.

O mega, oquedad, oquedad.

Â

VAGABUNDO POR LOS CAMINOS DEL SUR

En la encrucijada de cien caminos, bajo un calor atroz,
 que muerde los brazos desnudos con la insidia de una vÃ-bora;
 en las faldas de ancianos picos, cabezas albas,
 al borde de un estanque donde quizÃ;s cientos o miles
 de ranas entonan un canto de gloria estival, un coro
 de Ãngeles croando en la Laguna de la Plata,
 mientras tÃº y los miembros de tu hueste y seÃ±orÃ-o,
 MatÃ-as, Arturo, el silencioso JosÃ©, Soledad, Rafael
 ardilla,
 descansan tras una larga caminata por bosques
 de cipreses, pellines y araucarias;
 besando el ocÃ©ano en las playas de Cobquecura,
 con el aullido de los lobos como mÃºsica de fondo,
 sinfonÃ-a que hechiza los sentidos;
 antes del amanecer, derrumbado sobre el polvo,
 mientras resuena aÃºn en tus oÃ±dos el tercer canto del gallo,
 y el alcohol se convierte en una mortaja que te impide
 contemplar el cielo pronto refulgente de Quirihue;
 o perdido entre la selva espinosa de las zarzamoras
 justamente al mediar la temporada de ventas,
 cuando el dulce fruto abarrota los mercados
 de ChillÃ;n y TomÃ©
 y el paladar y los labios de las gentes de la regi3n
 se entintan y ensangrientan hasta el vampirismo:
 de cordillera a mar se ha visto a tu espectro, insensato
 fantasma de ropajes holgados,
 con la pueril intenci3n de rehacer viejas rutas
 que unÃ-an antaÃ±o la cordillera a este Mar del Sur,
 tantas veces recorrido, siglos atrÃ;s, por los espaÃ±oles,
 y todavÃ-a antes, mucho antes, por indios desnudos
 y temerarios que desconocÃ-an la palabra mar:
 sin dinero en los bolsillos, exhausto, pero admirado
 tambiÃ©n de la belleza de los cantos que el Ãºble deposita,
 como semillas en la tierra feraz,
 en su ruta por el delgado hielo de aquestas tierras;
 buscando, buscando nadie sabe quÃ©, tal vez alguna
 ilusi3n, un vano espejismo que termina entremezclÃndose
 a las tolvaneras que los camiones madereros levantan
 al salir de sus terminales, o al reverbero que la luz
 produce sobre el pavimento, en los Ãºltimos dÃ-as del mes
 mÃ;s breve de nuestras calendas.
 Ãridas extensiones de matorrales y arbustos libradas al hachazo
 implacable del sol, o angÃ©licas colinas de verde y amarillo teÃ±idas,
 por la vid, el maÃ-z y el girasol pobladas hasta el alto cielo: retazos
 de paisajes, borboteantes en la memoria como el hollejo
 con que se prepara el aguardiente clandestino en los campos
 sin ley:
 recuerdos que asaltan la memoria, y se multiplican de igual
 manera que los siglos o las generaciones en la mente del creador,
 nuestro querido Padre Azar;
 en fin, vivencias desperdigadas a lo largo de la ruta de estos aÃ±os,
 tal como las luces de los pueblos que dejamos atrÃ;s durante
 los viajes frenÃ©ticos y alocados de tantos veranos:
 âœ-Entre San NicolÃ;s y Ninhue, siguiendo la senda del trigo
 y los animales, con la brÃºjula destrozada por el martillazo

de veinte pipeños chillanejos, te encontraste de repente, saltimbanqui a la deriva, masticando el tabaco de la embriaguez y la desheredad.

-En Rafael, muy cerca ya de la medianoche, abandonado en medio de la neblina y los rumores, fue la experiencia del vértigo la que aprendiste a bordo de un desbocado vehículo.

-Frente al océano, recorriendo como un niño deslumbrado las oxidadas instalaciones del carbón en Lota, o en la vieja estación de trenes de Temuco, mientras la tarde se desgranaba en un diálogo interminable, o al interior de casas de adobe y paja, atestadas de ratas, cerca de Cauquenes:

el tiempo es un río que nos arrastra sigilosamente a la perdición.

-Cruzando el puente sobre el Malleco, con la irreal luna llena en lo alto del cielo y el ferrocarril a toda marcha: momento entre momentos, fruto arrancado al pehúño de la Precariedad.

-Y en el centro de Valdivia, Concepción fue la residencia de toda dicha, la casa donde ella y tú disfrutaron de sus cuerpos, como sierpes enlazadas en la arena, una serie interminable de noches. En la cuna de Violeta Parra, o celebrando la fiesta de la Candelaria, o un 20 de enero, observando a los peregrinos desfilar hacia Yumbel, a cualquier hora, en cualquier lugar: 6 años de ternura y quebrantos, 6 años de girasoles y caídas, hospitales, tremenda oquedad de ciudades quemándose al atardecer. Arrojado fuera del vergel. Vagabundo por los caminos del Sur.

Á

PRIMAVERA NEGRA

A la memoria de Eduardo Valdebenito (1935-2004)

Las hojas de ese joven Ájilamo,
que una corriente impetuosa agita incesantemente
con el mismo ímpetu que a los sargazos del marino lecho
remece el soplo de Neptuno en los días de tormenta,
son testimonio, inquietantes testigos,
de aquello que perderás en tu vida -si llegas a cerrar
la ventana del espíritu a los vientos, aquellos tercios
venablos que el Deseo aguza y lanza por el mundo
en pos de un blanco, una tierra que se haga llamar
con propiedad Utopía;
las hojas de ese joven Ájilamo, verde tornasol,
que hoy te seducen e inmovilizan
con su agitación de cobras al llamado del páfano de la primavera,
que se alzan con estridencia la esterilidad de esta biblioteca
y sus libros, además del angustioso desierto
que reluce en los ojos de los yertos estudiantes,
con su agitación verde, enfebrecida,
verde como los tiernos pastos de la estepa a los que se asemejan
/ tus años,
verde como esa patria derruida a la que ya no perteneces ni podrás
/ volver.

Primavera negra: el galeote tiene los brazos y el ánimo cansados
/ de tanto bogar.

Cansados de que el amor derive siempre en llanto, en llanto,
y de observar a los distintos rostros del miedo dibujarse en cada espejo
/ por las tardes.

De enloquecer con alcohol por culpa de la garrapata que se incrusta
/ en el alma zaherida.

De envilecerse a sí mismo, transmutando la ternura de los cuerpos
/ en crueldad, la pureza de los besos en hipocresía.

De ver a sus mayores morir de cáncer, y de que los primeros días soleados
/ no traigan sino albricias de dolor:

un constatar los muertos en las páginas del oscuro obituario de la vida,
un solsticio en vez de un equinoccio de sombras.

De que las palabras no sean más que fuegos fatuos,

aceite que se malgasta en lámparas cuya luz devora la niebla
 (aspirar, aspirar sólo a consumirse en el fuego del tiempo canbal).
 De cómo las sirenas de las ambulancias
 rompen, una y otra vez, la tranquilidad de las noches humanas.
 De la miseria multiplicada por la miseria que contemplas
 desperdigada por la urbe y el mundo, verdadera Reina de los alacranes,
 la usura y el capital.
 De hallar la palabra traicion escrita con sangre sobre
 / la frente de los hombres.
 De la cacofonía de las guerras y sus imágenes de mierda.
 Del puto señorío de las larvas.
 Primavera negra, ojos cerrados: las hojas
 de un joven llamo se deslizan como cuchillos por el aire cálido de octubre.
 Presientes el murmurar de los estudiantes, afanados de lleno
 / en el vacío de sus vidas:
 Concepción es una gaviota que se precipita en el mar.
 Y tío, fastidiado de la inocencia de los ángeles, de los vientos,
 de los llamos susurrantes, regresas a beber del veneno
 / de las calles.
 A

CONSISTORIAL

¿Y qué de los días de Consistorial?:
 arena en la cara y los zapatos, estrellas
 rabiosas, el cumpleaños nº 24 de la locura
 celebrado entre los ajetreos de un mar fiero,
 coronado de plumas enhiestas, como un pájaro enloquecido,
 entre el ulular paria del viento sobre la terraza
 y las sinuosas heridas en el cráneo
 de la conciencia que provoca el machetazo
 de un Mitjans y un Martini coaligados para el asalto.
 Asombro por la lenta combustión de un lucero
 en el firmamento, aerolito desbocado
 que se niega a devenir ceniza, y en su resistencia
 ilumina nuestras retinas como los faros
 de un Impala que arranca conduciendo
 a tres argonautas y una puta al magno desierto.
 Suave almohadón de las dunas, territorio de insectos.
 La voz de Mick Jagger repitiendo, una y otra
 vez, que el amor es como una música
 que viene y se va.
 Lecturas de poemas al borde del ocaso
 o cerca de una piscina transformada
 en reflejo del ocaso: crónica
 de Teillier forastero, Aragon
 y su licantropía contemporánea,
 la explosión de lava e imprecaciones,
 de argot y fuego que es Mario Santiago.
 El fantasma de Arturo Belano paseándose
 por los pasillos y nuestros sueños,
 cual padre de Hamlet por su castillo.
 Y desde el mascarón de proa de un alto
 promontorio, contemplar la eternidad
 del mar replegarse sobre sí misma,
 hora tras hora, arrobados, como si
 se exhibiera ante nuestros ojos
 un documental del Génesis
 y el Apocalipsis reunidos.
 Cofradía de cantares, decididos
 a descifrar los jeroglíficos que la blancura
 inscribió con afilado punzón sobre las cosas,
 decididos a establecer su campamento
 en el prado de una habitación muy pronto
 arrasada hasta sus últimas raíces.

¿Y qué de los días de Consistorial?
 ¿Disueltos en la neblina de la vida
 postmoderna como transeúntes
 que se pierden tras el recodo
 de las calles? ¿Boyas arrastradas
 hacia el Mar de la Paranoia, el Mar
 de la Cesantía, el Mar de la Dispersión?
 ¿Leña para quemar en la gran fogata
 de la pedofilia, la prostitución, las argucias
 y sofismas con que seduce el poderoso?:
 No. Estos días son la savia
 que sustenta el crecimiento
 de los árboles, hoy ahogados
 por el invierno, la futura floración
 de una primavera todavía lejana.
 O los hitos que demarcan la ruta
 de un sudoroso y fatigado
 atleta, en la mitad de su carrera.
 En fin, fulgores de sangre
 en la noche de la que venimos
 y hacia la que vamos.

Â

EDAD PAGANA

Cuando la fiesta termina, una pirámide de platos
 te aguarda en la cocina, hay botellas vacías
 sobre la mesa manchada y vasos a medio
 llenar por los cuatro puntos cardinales
 de la casa. Ceniceros atestados.
 La boca está cruzada por estrías como la tierra
 que tortura una prolongada sequedad
 y una sed malsana, terrible anida en ti,
 porque la carne es un pozo cegado por soles
 inclementes.
 El tiempo bombea nuevamente por nuestras
 arterias, circular sin control por llameantes autopistas.
 Tendrás que volver a pagar los impuestos al Demonio
 de la sobriedad, su tributo cobrado en especias,
 oro y todas los metales invaluables
 del espíritu, las riquezas dilapidadas.
 De nuevo las preocupaciones, el viento de la mañana
 arrojándolas sobre la conciencia como a una legión
 de tábanos que arrastrara desde lejanas fronteras,
 cerca del desierto.
 La vida para erigir un castillo de naipes
 que el sencillo aleteo de una mariposa derrumba.
 De nuevo el cuerpo un ancla, un lastre
 que nos liga de una vez y para siempre a la ceniza.
 De nuevo el cuerpo, territorio cercado, amenazado
 por las mesnadas sin número de la Calavera.
 Las canciones de Bowie sueños, salvajes sueños
 de una edad pagana: cómo desearías escuchar
 Rebel, Rebel en tu discman, camino a la eternidad.
 La voluta sagrada del pensamiento deshecha,
 el alcohol esfumado de la sangre. Un soplo
 de Yahvé basta.
 Llamadas telefónicas perdidas. Ex-amigos,
 goletas que la noche hundió en sus profundidades.
 Cuadernos llenos de garabatos impublicables.
 El decálogo en que sobresale una ley: «Compra».
 De nuevo el tiempo, una escudilla vacía que deberás
 llenar hasta el tope con trabajo, con ideas, con sonoras
 palabras, una lucha sin fin.

Nada de espasmos, nada de risas, nada de iluminaciones
conservadas. Abrazar cansado la Sombra.
La fiesta termina y el resplandeciente horizonte
que contemplabas, tan puro como un recién nacido,
tan puro como las luces de la ciudad entrevistas
en la madrugada,
se oculta tras el espeso telón de la oscuridad.